

Hijo

No existe lo que llamamos «reproducción». Cuando dos personas deciden tener un bebé, se comprometen a realizar un acto de producción, y el uso generalizado de la palabra «reproducción» para esta acción, en la que se implican dos personas, es en el mejor de los casos un eufemismo para consolar a los futuros padres antes de implicarse en algo que está por encima de ellos. Es frecuente que en las fantasías subconscientes que hacen tan seductora la concepción seamos nosotros mismos los que queremos vivir para siempre, no un otro con una personalidad propia. Cuando anticipamos así el avance de nuestros genes egoístas, muchos de nosotros no estamos preparados para tener hijos que presentan necesidades desconocidas. La paternidad nos catapulta bruscamente a una relación permanente con un extraño, y cuanto más singular es el extraño, más fuerte es el olor de la negatividad. Queremos ver en los rostros de nuestros hijos la garantía de que no moriremos. Los hijos cuyas peculiaridades definitorias borran la fantasía de la inmortalidad son como un insulto; tenemos que amarlos por ellos mismos, no por el bien que nos hagan, y este es un reto de difícil respuesta. Amar a nuestros hijos es un ejercicio de imaginación.

Pero en las sociedades modernas, lo mismo que en las antiguas, la sangre es más densa que el agua. Pocas cosas son tan gratificantes como los hijos sanos y queridos, y pocas situaciones tan infortunadas como el fracaso o el rechazo filial. Nosotros no somos nuestros hijos; ellos portan genes atávicos y rasgos recesivos, y están sometidos desde el principio a estímulos ambientales que escapan a nuestro control. Pero también somos nuestros hijos; la realidad de la paternidad jamás abandona a quienes han afrontado la metamorfosis. El psicoanalista D.W. Winnicott dijo una vez que «no existe lo que llamamos “un bebé”; si nos proponemos describir a un bebé, lo haremos asociándolo con alguien. Un bebé no puede existir solo, sino que es esencialmente parte de una relación».¹ En la medida en que se parecen a nosotros, nuestros hijos son nuestros más preciados admiradores, y en la medida en que no se parecen, pueden ser nuestros más vehementes destructores. Desde el principio les inducimos a que nos imiten y anhelamos lo que

podría ser el mayor halago de nuestras vidas: que elijan vivir conforme a nuestro sistema de valores. Aunque muchos de nosotros nos sentimos orgullosos de lo diferentes que somos de nuestros padres, nos entristece lo diferentes que nuestros hijos son de nosotros.

Debido a la transmisión de identidades de una generación a la siguiente, la mayoría de los hijos comparten al menos algunos rasgos con sus padres. Son estas identidades verticales. Caracteres y valores pasan de padres a hijos a lo largo de las generaciones no solo a través de hebras de ADN, sino también a través de normas culturales compartidas. La identidad étnica, por ejemplo, es vertical. Los niños de color son por lo general hijos de padres de color; el hecho genético de la pigmentación de la piel se transmite a lo largo de generaciones junto con una autoimagen de persona de color aunque esta autoimagen pueda estar sometida a fluctuaciones generacionales. El lenguaje es generalmente vertical, pues la mayoría de las personas que hablan griego quieren que sus hijos hablen también griego, aunque lo declinen de otra forma o hablen otra variante más moderna. La religión es medianamente vertical: los padres católicos tenderán a dar a sus hijos una educación católica, aunque estos puedan volverse irreligiosos o convertirse a otra fe. La nacionalidad es vertical excepto en el caso de los inmigrantes. El cabello rubio y la miopía se transmiten a menudo de padres a hijos, pero en la mayoría de los casos no constituyen una base importante para la identidad (el cabello rubio porque es realmente insignificante, y la miopía porque tiene fácil corrección).

Pero es frecuente que alguien posea un rasgo inherente o adquirido que sea extraño a sus padres y tenga que adquirir su identidad de un grupo de personas que sean iguales que él. Esta es una identidad horizontal. Las identidades horizontales pueden ser expresión de genes recesivos, mutaciones azarosas, influencias prenatales o valores y preferencias que un hijo no comparte con sus progenitores. Ser gay es una identidad horizontal; la mayoría de los niños que lo son nacen de padres heterosexuales, y mientras su sexualidad no venga determinada por sus iguales, conocen su identidad gay observando una subcultura exterior a la familia y participando en ella. La discapacidad física tiende a ser horizontal, al igual que el genio. También la psicopatía es frecuentemente horizontal; la mayoría de los criminales no han sido reclutados por mafiosos, y deben concebir sus propias fechorías. Igualmente lo son padecimientos como el autismo y la discapacidad intelectual. Un niño concebido como resultado de una violación sufrirá problemas emocionales que su madre no puede conocer, aunque sean secuelas de su trauma.

En 1993, el *New York Times* me encargó investigar la cultura de los sordos.² De la sordera tenía la idea de que era una deficiencia y nada más. Durante meses me encerré en el mundo de los sordos. La mayoría de los niños sordos nacen de padres oyentes, y estos padres frecuentemente priorizan la adaptación al mundo de los oyentes, concentrando todos sus esfuerzos en el habla y en la lectura labial. De este modo pueden descuidar otras áreas de la educación de sus hijos. Mientras que algunos sordos leen bien los labios y se les entiende cuando hablan, muchos otros no tienen esta habilidad, y durante interminables años son tratados por audiólogos y logopedas en vez de estudiar historia, matemáticas y filosofía. Muchos asumen su identidad en la adolescencia, y esto es para ellos una gran liberación. Entran en un mundo que utiliza un lenguaje de signos y en él se descubren a sí mismos. Algunos padres oyentes aceptan este nuevo y potente desarrollo, pero otros se oponen a él.

Esta situación me es de todo punto familiar, porque yo soy gay. Los gays suelen crecer en un ambiente propio de padres heterosexuales que piensan que sus hijos vivirían mejor como heterosexuales y que los presionan para que se comporten como tales, con lo cual solo consiguen atormentarlos. A menudo descubren su identidad gay en la adolescencia o más tarde, experimentando entonces un gran alivio. Cuando empecé a escribir sobre los sordos, el implante coclear, que puede proporcionar cierta audición, era una innovación reciente.³ Los progenitores la saludaron como una cura milagrosa para un defecto terrible, mientras que la comunidad sorda la condenó como un ataque genocida a una comunidad unida y satisfecha. Desde entonces, ambas partes han moderado su retórica, pero el caso se complica por el hecho de que los implantes cocleares son más eficaces cuando su implantación quirúrgica se efectúa tempranamente—lo ideal es hacerlo en infantes—, por lo que es frecuente que los padres decidan realizarlo antes de que el niño pueda tener o expresar una opinión informada al respecto.⁴ Asistiendo a este debate, me daba cuenta de que, de haber existido un tratamiento temprano parecido, mis padres habrían consentido en someterme a él para que yo fuese heterosexual. No tengo la menor duda de que, si ahora apareciese una cosa así, acabaría con la mayor parte de la cultura gay. Me entristece la idea de semejante amenaza, y cuando amplíé mi conocimiento de la cultura de los sordos, comprendí que las actitudes de mis padres, que eran fruto de la ignorancia, se asemejaban a la que probablemente habría sido mi reacción ante un hijo sordo. Mi primer impulso habría sido hacer cuanto estuviera en mi mano para poner arreglo a la anormalidad.

Más tarde, una amiga mía tuvo una hija que padecía enanismo. Se preguntaba si debía educar a su hija de tal manera que pudiera considerarse una persona como las demás, solo que de menor estatura, si debía asegurarse de que su hija

adoptara modelos de conducta propios de los enanos, o si debía considerar el alargamiento quirúrgico de las extremidades. Mientras me manifestaba su incertidumbre, observé un patrón que me resultaba familiar. Me había estremecido advertir mis puntos en común con los sordos, y ahora me identificaba con una enana; me preguntaba quiénes más estarían esperando para unirse a nuestras jubilosas filas. Pensé que si el hecho de ser gay, entendido como una identidad, podía escindirse de la homosexualidad entendida como una enfermedad, y la sordera entendida como una identidad de la sordera entendida como una enfermedad, y si también el enanismo como identidad podía emerger de una aparente discapacidad, entonces tenía que haber muchas otras categorías en este difícil territorio intersticial. Era esta una idea radicalizadora. Después de haberme imaginado siempre como miembro de una minoría bastante exigua, de pronto me percaté de que pertenecía a una inmensa compañía. La diferencia nos une. Si cada una de estas experiencias puede aislar a los afectados, estos forman un conjunto de millones de personas cuyas luchas las conectan profundamente. Lo excepcional es omnipresente; ser enteramente típico es un caso raro y aislado.

Igual que mis padres no comprendieron cómo era yo, habrá otros padres que no comprendan a sus hijos. Muchos padres se toman la identidad horizontal de sus hijos como una afrenta. La notable diferencia de un hijo con el resto de la familia demanda conocimiento, capacidad y acciones para las cuales una madre y un padre típicos no están cualificados, al menos al principio. El hijo es también manifiestamente diferente de la mayoría de los chicos de su edad, por lo que generalmente se siente menos comprendido o aceptado entre ellos. Los padres maltratadores no insultan tanto a los hijos que se les parecen físicamente; el que es bravucón reza para que su hijo tenga sus rasgos.⁵ Las familias tienden a reafirmar las identidades verticales desde la más temprana infancia, pero son muchas las que se oponen a las horizontales. Las identidades verticales suelen ser respetadas como tales identidades, mientras que las horizontales son a menudo consideradas meros fallos.

Alguien podría decir que las personas de color tienen muchas desventajas en el Estados Unidos de hoy, pero hay poca investigación sobre el modo de alterar la expresión genética para que la siguiente generación nacida de padres negros tenga el cabello liso y rubio y la tez clara. En la América moderna es a veces difícil ser asiático, judío o mujer, pero nadie creería que los asiáticos, los judíos o las mujeres pudieran ser tan necios como para querer convertirse en varones blancos y cristianos si pudiesen. Muchas identidades verticales hacen que la gente se sienta incómoda, y sin embargo no intentamos homogeneizarla. No puede decirse que las desventajas de ser gay sean mayores que las de las mencionadas identidades verticales, pero durante mucho tiempo la mayoría de los padres han

tratado de volver heterosexuales a sus hijos gays. Los cuerpos con anormalidades suelen infundir más horror entre las personas que los ven que entre las que los tienen, pero el afán de los padres por normalizar las excepciones físicas tiene a menudo un gran coste psíquico para ellos y sus hijos. Etiquetar a un hijo como «enfermo mental» —ya se trate de un caso de autismo, discapacidad intelectual o transexualidad— puede reflejar el malestar que una mente como la suya causa a los padres más que el que causa al propio hijo. Se procede a corregir muchas cosas que habría sido mejor dejar como están.

«Deficiente» es un adjetivo que durante mucho tiempo se ha considerado excesivo en el discurso progresista, pero los términos médicos que lo han sustituido —«enfermedad», «síndrome», «afección»— pueden resultar casi igual de peyorativos en su discreción. Con frecuencia usamos «enfermedad» para menospreciar una manera de ser, e «identidad» para dar por válida esa misma manera de ser. Esta es una falsa dicotomía. En la física, la interpretación de Copenhague define la materia/energía como algo que se comporta unas veces como una onda y otras como una partícula, lo que indica que es ambas cosas y postula que es nuestra limitación humana la que nos impide verlas al mismo tiempo. El físico Paul Dirac, ganador del Premio Nobel, definió la manera en que la luz parece ser una partícula cuando nos preguntamos si es una partícula y una onda cuando nos preguntamos si es una onda.⁶ Una dualidad similar la encontramos en el tema de la persona. Muchas características son a la vez enfermedad e identidad, pero no podemos ver una sola de ambas cosas si oscurecemos la otra. La política de la identidad refuta la idea de enfermedad, mientras que la medicina rehúye la identidad. Ambas cosas se reducen a causa de esta estrechez.

Los físicos han llegado a comprender por qué la energía se manifiesta unas veces como onda y otras como partícula, y usan la mecánica cuántica para reconciliar la información obtenida. De un modo parecido debemos considerar la enfermedad y la identidad, y comprender que las observaciones se llevarán a cabo en un dominio o en otro, lo cual nos llevará a una mecánica sincrética. Necesitamos un vocabulario en el que los dos conceptos no sean contrarios, sino aspectos compatibles de una característica. El problema es cambiar nuestra manera de estimar el valor de individuos y de vidas para llegar a una concepción más ecuménica de lo que significa estar sano. Ludwig Wittgenstein dijo: «Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo».⁷ La ausencia de palabras es ausencia de intimidad; estas experiencias están sedientas de lenguaje.

Los hijos que aquí describo tienen características horizontales que son ajenas a sus padres. Son sordos o son enanos; tienen síndrome de Down, autismo, esquizofrenia o padecen múltiples y severas discapacidades; son niños prodigio; o fueron concebidos como consecuencia de una violación; o cometen crímenes; o

son transexuales. Un viejo refrán dice que una manzana no cae lejos del árbol,⁸ queriendo decir que un niño se parece a su padre o a su madre; estos niños son manzanas que han caído en cualquier parte, unas dos huertos más allá y otras en el otro extremo del planeta. Pero ya hay miles de familias que aprenden a tolerar, aceptar y finalmente querer a hijos que no son lo que originalmente imaginaban que iban a ser. Este proceso de transformación es a menudo facilitado, y en ocasiones frustrado, por las políticas de identidad y el progreso médico, que se han infiltrado en los hogares en un grado que solo veinte años antes habría sido inconcebible.

Todos los hijos inquietan a sus padres; estas situaciones, casi siempre dramáticas, son simples variaciones de un tema común. Del mismo modo que averiguamos las propiedades de un medicamento estudiando sus efectos a dosis extremadamente altas, o comprobamos la viabilidad de un material de construcción sometándolo a temperaturas extremas, podemos comprender el fenómeno universal de la diferencia en las familias examinando los casos extremos. Tener hijos que constituyen excepciones exagera las tendencias de los padres; los que tienden a ser malos padres se convierten en padres atroces, pero los que tienden a ser buenos padres terminan siendo padres extraordinarios. Aquí adopto el punto de vista contrario al de Tolstói: las familias desgraciadas que rechazan a los hijos diferentes tienen mucho en común, mientras que las familias felices que se esfuerzan por aceptarlos son felices de muy diversas maneras.⁹

Como los futuros padres tienen cada vez más posibilidades de prevenir el reto que para ellos sería tener hijos con diferencias horizontales, las experiencias de los que tienen tales hijos son cruciales para nuestra forma más frecuente de entender la diferencia. Las primeras reacciones de los padres cuando tienen un hijo y las primeras interacciones con él determinan el modo en que ese hijo se verá a sí mismo. Las experiencias con él cambian profundamente a los padres. Los que tienen un hijo con una discapacidad, serán para siempre los padres de un hijo discapacitado; este es un hecho determinante en ellos, y un hecho determinante también de la manera en que otras personas los perciben y descifran sus vidas. Estos padres tienden a ver la anomalía como una enfermedad hasta que la costumbre y el amor los capacitan para sobrellevar la nueva y excepcional realidad, a menudo introduciendo el lenguaje de la identidad. La intimidad con la diferencia fomenta su asimilación.

Transmitir la felicidad aprendida de estos padres es vital para prestar apoyo a las identidades que pueden sufrir exclusión. Sus historias nos muestran a todos nosotros una manera de ampliar nuestras definiciones de la familia humana. Es importante saber de qué manera las personas autistas experimentan su autismo o los enanos, su enanismo. La autoaceptación es parte del ideal, pero sin aceptación

familiar y social no puede suprimir las incesantes injusticias que muchos grupos con identidad horizontal sufren, y no propiciará la reforma adecuada. Vivimos en tiempos de xenofobia, en los que la legislación deroga con apoyo mayoritario derechos de las mujeres, del colectivo LGBT,* de los inmigrantes ilegales y de los pobres. A pesar de esta crisis de empatía, la compasión prospera en los hogares, y la mayoría de los padres cuyo perfil he trazado son capaces de amar al otro lado de la línea divisora. Comprender cómo llegaron a tener un buen concepto de sus hijos puede darnos a los demás motivos e iluminación para hacer lo mismo. Para ser capaz de leer en los ojos de un hijo y ver en ellos tanto a uno mismo como a alguien completamente distinto, y luego identificarse incondicionalmente con cada aspecto suyo, hay que centrarse en la propia paternidad, pero no de forma egoísta; hay que entregarse. Es asombrosa la frecuencia con que se ha comprendido esta relación mutua, la frecuencia con que padres que habían creído no ser capaces de cuidar de un hijo especial descubren que sí lo son. La predisposición de los padres a querer a los hijos prevalece en las circunstancias más angustiosas. Hay en el mundo más imaginación de lo que uno supone.

En mi infancia padecí dislexia; por supuesto, la sigo padeciendo. Todavía no puedo escribir a mano sin fijarme en la manera en que escribo cada letra, y aun así algunas están fuera de lugar u omitidas. Mi madre, que reconoció pronto la dislexia, empezó a enseñarme a leer cuando contaba dos años. Pasaba largas tardes en su regazo aprendiendo a pronunciar palabras, entrenándome en la fonética como un atleta olímpico; practicábamos con cartas, aunque las formas de las letras no eran tan bonitas como en las suyas. Para concentrar mi atención, me daba una libreta con tapas de tela amarilla en las que estaban cosidos Winnie-the-Pooh y Tigger; hacíamos tarjetas y las usábamos en juegos que practicábamos en el coche. Yo me divertía al poner atención, y mi madre me enseñaba con gran regocijo, pues lo que me enseñaba era el mejor rompecabezas del mundo, un juego privado entre nosotros. Cuando tenía seis años, mis padres solicitaron mi admisión en once colegios de la ciudad de Nueva York, y ninguno de los once me aceptó porque se pensaba que nunca aprendería a leer y escribir. Un año después ingresé en un colegio cuyo director reconoció de mala gana que mi capacidad lectora ya desarrollada invalidaba los resultados de pruebas que predicaban que jamás aprendería a leer. Los continuos triunfos en casa indicaban un buen nivel, y la temprana victoria sobre la dislexia fue aleccionadora; con pa-

* Sigla que designa colectivamente a lesbianas, gays, bisexuales y transexuales. (*N. del T.*)

ciencia, amor, inteligencia y voluntad, habíamos vencido una anomalía neurológica. Desafortunadamente, esta victoria sirvió de marco a otras luchas posteriores que hacían difícil aceptar que jamás se lograría corregir otra anomalía cada vez más evidente: que era gay.

La gente me pregunta cuándo supe que era gay, y yo me pregunto qué implica este conocimiento. Me llevó algún tiempo ser consciente de mis deseos sexuales. Mi conciencia de que mis deseos eran exóticos y no coincidían con los de la mayoría de la gente fue tan temprana que no recuerdo lo que hubo antes. Estudios recientes han demostrado que es a la temprana edad de dos años cuando los niños que serán gays sienten aversión a ciertos tipos de juegos bruscos; a los seis años de edad, la mayoría se comportan de maneras que obviamente no son propias de su sexo.¹⁰ Como pronto evidencié que muchos de mis impulsos no eran masculinos, jugué a inventarme a mí mismo. Cuando, estando en el primer curso de primaria, se nos pidió que dijéramos cuál era nuestro alimento favorito, todos dijeron que el helado, las hamburguesas o los biscotes, pero yo elegí orgulloso el *ekmek kadayiff* con *kaymak*, que solía pedir en un restaurante armenio de la calle Veintisiete Este. Nunca intercambié un cromó de béisbol, pero era capaz de contar argumentos de telenovelas en el autobús escolar. Nada de esto me hizo popular.

Popular lo era en casa, pero siempre me corregían. A los siete años estuve una vez con mi madre y mi hermano en Indian Walk Shoes, y cuando salíamos el vendedor nos preguntó de qué color queríamos los globos. Mi hermano pidió un globo rojo. Yo uno rosa. Mi madre intervino diciendo que yo no quería un globo rosa, y me recordó que mi color preferido era el azul. Contesté que de verdad lo quería rosa, pero viendo su mirada cogí el globo azul. Mi color preferido es, en efecto, el azul, pero sigo siendo gay, y esto prueba la influencia de mi madre y los límites de esa influencia.¹¹ Una vez me dijo: «Cuando eras pequeño no te gustaba hacer lo que a otros niños les gustaba hacer, y yo te animaba a ser tú mismo». Pero añadió un tanto irónica: «A veces pienso que dejé ir las cosas demasiado lejos». En ocasiones pienso que no las dejé ir lo suficientemente lejos. Pero el que me animara a preservar mi individualidad, aunque era indudable que lo hacía de una forma ambivalente, ha conformado mi vida.

Mi nuevo colegio era de ideas casi progresistas y se suponía que era integrador, lo que significaba que nuestra clase incluía a algunos niños negros y latinos en una escolarización en la que la mayoría de ellos se sentían integrados. En mi primer año allí, Debbie Camacho celebraba una fiesta de cumpleaños en Harlem, y sus padres, que desconocían la lógica de la educación privada de Nueva York, la programaron para el mismo fin de semana en que se celebraba la tradicional fiesta estudiantil de aquel año. Mi madre me preguntó cómo me sentiría

si nadie asistiera a mi fiesta de cumpleaños, e insistió en que debía ir. Yo dudaba de que muchos niños de mi clase hubieran asistido a la fiesta si no hubiesen tenido una excusa tan oportuna, y de hecho solo dos niños blancos de una clase de cuarenta lo hicieron. Me sentí literalmente aterrorizado de estar allí. Las primas de la niña del cumpleaños quisieron sacarme a bailar; todo el mundo hablaba español; la comida era a base de fritos para mí extraños. Tuve algo parecido a un ataque de pánico y regresé a casa llorando.

No establecí ningún paralelismo entre el desinterés hacia la fiesta de Debbie y mi impopularidad, aunque pocos meses más tarde Bobby Finkel organizó una fiesta de cumpleaños e invitó a toda la clase menos a mí. Mi madre llamó a la suya pensando que había habido un error; la señora Finkel le dijo que su hijo no me tragaba y que no quería verme en su fiesta. El día de la fiesta, mi madre me recogió del colegio y me llevó al zoológico y a tomar un *sundae* caliente en Old-Fashioned Mr. Jennings. Recordando todo aquello puedo imaginar lo apenada que estaba mi madre (más apenada que yo, o de lo que yo dejaba traslucir). No advertía entonces que su ternura era un intento de compensar las injurias del mundo. Cuando pienso en la incomodidad que les causaba a mis padres el hecho de que fuera gay, puedo comprender lo vulnerable que la habían vuelto mis vulnerabilidades y lo mucho que se esforzaba por adelantarse a mi tristeza proclamando que nos lo pasábamos muy bien. La prohibición del globo rosa debe considerarse en parte un gesto protector.

Me alegro de que mi madre me hiciera asistir a la fiesta de cumpleaños de Debbie Camacho. Porque creo que era lo justo y, aunque no podía verlo entonces, era también el comienzo de una actitud de tolerancia que me permitió soportarme a mí mismo y encontrar la felicidad en la edad adulta. Resulta tentador presentarme a mí mismo y presentar a mi familia como verdaderos dechados de progreso, pero esto no era así. Me burlaba de un alumno afroamericano del colegio de primaria diciéndole que se parecía al niño que una ilustración de nuestro libro de ciencias sociales mostraba en un *rondavel* de una tribu africana. No pensaba que esto significara ser racista; pensaba que era algo divertido y vagamente cierto. Cuando crecí, recordé mi comportamiento con profundo arrepentimiento, y cuando la persona en cuestión me encontró en Facebook, me deshice en disculpas. Le dije que mi única excusa era la dificultad de ser gay en el colegio, y que respondía al prejuicio contra mí en forma de prejuicio contra otros. Aceptó mis disculpas y añadió que también él era gay; recibí una lección de humildad al ver que él había sobrevivido en un ambiente donde ambos prejuicios eran tan fuertes.

Me esforzaba por mantenerme a flote en las procelosas aguas del colegio de primaria, pero en casa, donde el prejuicio nunca se teñía de crueldad, mis defectos más incorregibles eran minimizados y mis rarezas casi siempre se tomaban

con humor. Cuando contaba diez años, el minúsculo principado de Liechtenstein me tenía fascinado. Un año más tarde, mi padre nos llevó con él en un viaje de negocios a Zurich, y una mañana mi madre anunció que había organizado para todos una visita a Vaduz, la capital de Liechtenstein. Recuerdo la ilusión que a toda la familia le hizo algo que era claramente un deseo mío y solo mío. Al recordar todo aquello, la obsesión con Liechtenstein me parece extraña, pero la idea de aquel viaje se le ocurrió a la madre que me prohibió el globo rosa. Ella lo organizó todo: almuerzo en un café encantador, visita al museo de arte y visita a la imprenta donde se imprimen los sellos distintivos del país. Aunque no siempre aprobaban mi actitud, me sentía aceptado y se tomaban mi excentricidad con laxitud. Pero había unos límites, y los globos de color rosa los traspasaban. La norma familiar era interesarse por lo diferente desde un pacto de identidad. Yo no quería limitarme a observar el ancho mundo, sino habitar en sus grandes espacios; quería bucear en busca de perlas, memorizar a Shakespeare, romper la barrera del sonido y aprender a hacer calceta. Visto desde determinado ángulo, el deseo de transformarme parecía un intento de liberarme de una manera de vivir poco apetecible. Visto desde otro ángulo, era un gesto de atención a lo más esencial de mí, un giro crucial hacia la persona que tenía que ser.

Estando todavía en el jardín de infancia, me pasaba los recreos conversando con mis profesoras porque otros niños no lo hacían; las profesoras probablemente tampoco lo hacían, pero tenían la edad suficiente para mostrarse amables. En el séptimo curso, casi todos los días almorzaba en el despacho de la señora Brier, secretaria de la directora del colegio de primaria. Terminé la secundaria sin visitar la cafetería donde, de haberme sentado con las chicas, se habrían reído de mí, o de haberlo hecho con los chicos, también se habrían reído por ser la clase de chico que tendría que sentarse con las chicas. El impulso al conformismo, que tan a menudo define la infancia, nunca existió en mí, y cuando empecé a pensar en la sexualidad, el inconformismo que suponía la atracción por el mismo sexo me estremeció (la conciencia de que yo deseaba algo diferente y más prohibido que toda clase de sexo en la adolescencia). La homosexualidad me atraía como un postre armenio o un día en Liechtenstein. Pero pensaba que si alguien descubría que era gay, me moriría.

Mi madre no quería que fuese gay porque pensaba que no era lo mejor para mi futuro, y tampoco le agradaba la idea de ser la madre de un hijo gay. El problema no era que quisiera controlar mi vida; estaba realmente convencida, como la mayoría de los padres, de que su manera de ser feliz era la mejor de todas. El problema era que quería controlar su vida, y era su vida como madre de un homosexual lo que ella quería cambiar. Por desgracia, no había para ella manera de centrar el problema sin involucrarme a mí.

Pronto aprendí a odiar profundamente este aspecto de mi identidad, pues aquella postura encogida reflejaba la respuesta de una familia a una identidad vertical. Mi madre pensaba que ser judío no era nada deseable. Había recibido esta opinión de mi abuelo, que mantenía su religión en secreto porque ello le permitía ocupar un puesto elevado en una compañía que no empleaba a judíos. Era, además, miembro de un club de campo de las afueras donde los judíos no eran bien recibidos. A los veintipocos años, mi madre fue por breve tiempo novia de un texano que rompió con ella cuando su familia lo amenazó con desheredarlo si se casaba con una judía. Esto fue para ella un trauma que la obligó a reconocer su condición de judía, pues hasta entonces no se había visto señalada como tal; pensaba que podía ser lo que quisiera parecer. Cinco años después decidió casarse con mi padre, un judío, y vivir en un mundo mayoritariamente judío, pero llevaba dentro el antisemitismo. Habría dicho a la vista de personas que encajan en ciertos estereotipos: «Esta es la gente que nos da mal nombre». Cuando le pregunté qué pensaba de la belleza que había en mi clase de noveno curso, dijo: «Parece enteramente judía». Su método de dudar de sí misma y arrepentirse lo había inventado para mí por mi condición de gay; yo heredé su talento para incomodar.

Cuando hacía ya tiempo que había dejado atrás la infancia, me aferré a cosas infantiles como una forma de levantar un dique contra la sexualidad. Esta inmadurez intencionada estaba recubierta de una afectada mojigatería victoriana cuyo propósito no era enmascarar, sino anular el deseo. Tenía la idea pintoresca de que sería para siempre Christopher Robin en el bosque de cien acres;* lo que el capítulo final de los libros de *Winnie-the-Pooh* contaba se asemejaba tanto a mi historia que no podía soportar oírlos, aunque mi padre me había leído los demás capítulos cientos de veces. *El rincón de Puh* termina así: «Adondequiera que fueran, y les sucediera lo que les sucediese por el camino, en aquel lugar encantado del corazón del bosque siempre estaban jugando un pequeño y su oso».¹² Decidí que yo sería ese niño y ese oso, que me quedaría congelado en la puerilidad, porque lo que el crecimiento me auguraba era demasiado humillante. A los trece años compré un número de *Playboy* y me pasé horas examinándolo, intentando resolver mi incomodidad con la anatomía femenina; aquello fue mucho más penoso que mis deberes escolares. Cuando comenzó la enseñanza secundaria, sabía que tarde o temprano debería mantener relaciones sexuales con mujeres; sentía que no podría, y a menudo pensaba que tenía que morirme. La mitad de mí que no tenía planeado ser Christopher Robin jugando para siempre

* Protagonista de la saga de cuentos del oso Winnie-the-Pooh, de Alan A. Milne. (*N. del T.*)

en un lugar encantado, planeaba ser Ana Karenina arrojándose a la vía del tren. Era una dualidad ridícula.

Cuando me encontraba en octavo curso en el colegio Horace Mann de Nueva York, un chico mayor me apodó Percy como una manera de referirse a mi forma de comportarme. Coincidíamos en la misma ruta del autobús escolar, y cuando diariamente subía al vehículo, él y su cohorte coreaban «Percy, Percy, Percy». Unas veces me sentaba junto a un estudiante de origen chino que era demasiado tímido para hablar con nadie (y que resultó ser gay), y otras veces junto a una chica casi ciega que también era objeto de considerables crueldades. De vez en cuando, todos coreaban durante todo el recorrido del autobús aquella provocación. «Percy, Percy, Percy», gritaban a pleno pulmón durante cuarenta y cinco minutos: por toda la Tercera Avenida, por el FDR Drive, sobre el puente de la Willis Avenue, a lo largo de la autopista Major Deegan y por la calle 246 en Riverdale. La chica ciega me repetía: «No les hagas caso», y yo permanecía allí sentado fingiendo de forma poco convincente que no pasaba nada.

Cuatro meses después de comenzar la secundaria, llegué un día a casa y mi madre me preguntó: «¿Te ha ocurrido algo en el autobús? ¿Te han estado llamando Percy?». Un compañero de clase se lo había contado a su madre, que a su vez llamó a la mía para contárselo a ella. Cuando lo admití, me abrazó un largo rato, y luego me preguntó por qué no se lo había contado. Nunca se me ocurrió hacerlo. Por varias razones: porque hablar de algo tan degradante me parecía que era cosificarlo, porque pensaba que nada se podía hacer y porque sentía que las cosas por las que me torturaban serían aborrecibles también para mi madre, y quería protegerla de la decepción.

A partir de entonces, un acompañante viajaba en el autobús escolar, y los cantos cesaron. Solamente me llamaban «marica» en el autobús y en el colegio, casi siempre a cierta distancia de los profesores para que no lo oyeran y no les llamaran la atención. Aquel mismo año, el profesor de ciencias nos contó que los homosexuales padecían incontinencia fecal porque sus esfínteres anales estaban destrozados. La homofobia era omnipresente en los años setenta, pero la versión que de ella daba la cultura de la suficiencia de mi colegio era especialmente sangrante.

En junio de 2012, el *New York Times Magazine* publicó un artículo de Amos Kamil, antiguo alumno del Horace Mann, sobre los abusos a menores que, mientras él era alumno del colegio, habían cometido miembros del profesorado.¹³ El artículo citaba declaraciones de alumnos que desarrollaron adicciones y otras conductas autodestructivas a consecuencia de aquellos episodios; un hombre se había suicidado a una edad madura en un acto de desesperación que su familia atribuyó a su utilización de los jóvenes. El artículo me causó un profundo ma-

lestar y también me dejó confuso, porque algunos profesores acusados de aquellos actos habían sido más atentos conmigo que los demás del colegio durante un período de desolación. Mi querido profesor de historia me llevó a comer, me dio un ejemplar de la Biblia de Jerusalén y conversó conmigo en los ratos libres en que otros alumnos no querían saber nada de mí. El profesor de música me concedió conciertos solistas y me permitió llamarlo por su nombre de pila y andar por su despacho; organizaba las giras del club coral, que era una de mis aventuras favoritas. Ellos parecían aceptar mi modo de ser, y siempre tenían buena opinión de mí. Su reconocimiento implícito de mi sexualidad me ayudó a no terminar como un adicto o un suicida.

Cuando estaba en el noveno curso, el profesor de dibujo del colegio (que era además entrenador de fútbol americano) trató de entablar conmigo una conversación sobre la masturbación. Me quedé paralizado; pensé que podía ser una forma de incitación, y que si cedía le contaría a todo el mundo que yo era gay y tendría que soportar más burlas que las que ya me hacían. Ningún otro miembro del profesorado hizo nunca intento alguno conmigo, quizá porque yo era un chico de aspecto canijo, con gafas, tirantes y socialmente torpe, quizá porque mis padres tenían fama de protectores, o quizá porque adoptaba una actitud propia del arrogante aislado que me hacía menos vulnerable que otros.

El profesor de dibujo fue destituido cuando, poco después de aquellas conversaciones, se vertieron acusaciones contra él. El profesor de historia fue despedido y se suicidó un año después. El profesor de música, que estaba casado, sobrevivió al «reinado del terror», como lo llamó un miembro gay del profesorado, que se instauró después de que varios profesores gays fueran separados de sus puestos. Kamil me escribió diciéndome que los linchamientos morales de profesores gays no predadores eran fruto de «un intento mal encaminado de erradicar la pedofilia identificándola falsamente con la homosexualidad». Los alumnos decían monstruosidades de los profesores gays precisamente porque su prejuicio era algo que la comunidad escolar notoriamente aprobaba.

La directora del departamento de teatro, Anne MacKay, era una lesbiana que sobrevivió tranquilamente a las recriminaciones. Veinte años después de graduarme, ella y yo iniciamos una correspondencia por correo electrónico. Diez años después viajé a la punta este de Long Island para visitarla porque me enteré de que se estaba muriendo. Los dos habíamos contactado con Amos Kamil, que estaba entonces investigando para escribir un artículo, y estábamos inquietos por las acusaciones que vertía. La señorita MacKay fue la sabia profesora que una vez me dijo con el mayor tacto que me estaban tomando el pelo por mi manera de caminar, y trató de enseñarme a hacerlo con un paso más firme. En mi último curso, ella puso en escena *La importancia de llamarse Ernesto*, y me tocó representar

el papel estelar de Algernon. Había ido a darle las gracias. Pero ella me había invitado para disculparse.

En un trabajo anterior, me explicó, se comentaba que vivía con otra mujer; los padres se habían quejado, por lo que había tenido que irse a vivir a una especie de escondite para el resto de su carrera. Ahora se arrepentía de la distancia formal que había mantenido, y sentía que había fallado a los alumnos gays, para los que tendría que haber sido un modelo (aunque yo sabía, y ella también, que si hubiera sido más abierta, habría perdido el puesto). Cuando era alumno suyo, nunca se me ocurrió hablar de otras intimidaciones que las que teníamos, pero hablando con ella décadas después, me di cuenta de lo desamparados que habíamos estado los dos. Habría deseado que por un rato tuviéramos la misma edad, porque tal como soy a los cuarenta y ocho hubiera sido un buen amigo para quien ella era cuando de joven me enseñaba. Fuera del recinto escolar, la señorita MacKay era una activista homosexual; ahora yo también lo soy. Cuando estaba en secundaria sabía que ella era homosexual, y ella sabía que yo también lo era, pero cada uno era de tal manera prisionero de su homosexualidad que la conversación directa era imposible, y solo nos quedaba la amabilidad en lugar de la verdad. Al verla después de tantos años, evoqué mi antigua soledad y recordé hasta qué punto puede aislarnos una identidad especial mientras no la resolvamos en solidaridad horizontal.

En la desasosegante reunión en línea de los antiguos alumnos del Horace Mann que siguió a la publicación de la historia de Amos Kamil, un hombre transmitió su pesar por las víctimas del abuso y por quienes los perpetraron, diciendo de estos últimos: «Eran personas heridas, confundidas, que trataban de aclararse sobre cómo debían funcionar en un mundo que les enseñaba que su deseo homosexual era cosa de enfermos. Los colegios reflejan el mundo en que vivimos. No pueden ser sitios perfectos. No todos los profesores serán personas emocionalmente equilibradas. Podemos condenar a estos profesores. Pero esto es limitarse a un síntoma, no abordar el problema original, que consiste en una sociedad intolerante que crea personas que se aborrecen a sí mismas y se comportan de manera inapropiada».¹⁴ El contacto sexual entre profesores y alumnos es inaceptable porque aprovecha un poder diferencial que difumina la demarcación entre coerción y consentimiento. Y a menudo causa traumas irreversibles. Tal fue claramente el caso de los ex alumnos a los que Kamil entrevistó y describió. Cuando me preguntaba cómo mis profesores pudieron haber hecho aquello, pensaba que alguien cuya forma de ser más íntima es tachada de enfermedad y juzgada como una ilegalidad podría esforzarse por hacer una distinción entre ser así y cometer un delito. Tratar una identidad como si fuese una enfermedad invita a la verdadera enfermedad a instalarse y afirmarse.